

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

20 Cts.



El Soldadillo

Adrián

CHO ENCHILE POR
UNIVERSO

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D SANTIAGO

AÑO I. Núm. 3. Santiago de Chile, 3 de Julio de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar.

Subscripción Anual \$ 9.—

RESULTADO DEL CONCURSO DE DIBUJOS DEL PRIMER NUMERO DE

mamita

M. R.

Ha sido tanto el entusiasmo de nuestros pequeños lectores por participar en este Concurso, que hemos tenido que aumentar el número de premios, dando 3 subscripciones trimestrales en vez de una. Además, hemos añadido 20 menciones honrosas. Al niño que entere 8 menciones honrosas, «MAMITA» le concederá también una subscripción trimestral.

Los favorecidos en este número.

1er. premio: Elsa Silva Vergara, Dolores 277, Santiago.

2.º Premio: Feliciano Araya, Población Valencia, Uiribe 344, Valparaíso.

3er. premio: Flor Cerda, Temuco.

Menciones Honrosas:

Viola Hernández, Chacabuco 440, Concepción.

Carlos A. Withermann, Renalco.

Felipe Biott, Achao, calle Miranda N.º 12.

Carmen Julia Trujillo, Castro, Portales 170.

Olga Garrido Oses, Santa Helena, Angol.

René Garrido Figueroa, Independencia 3121, Valparaíso.

Carmen Schmutzer H., Tomé, Bellavista.

Marito Contrucci, Vergara 47, Santiago.

Rubén Martínez, Pabellón 23, Lota Alto.

María Jampalla, Bueras 163, Santiago.

Aída Valderrama, Carmen 881, Curicó.

Yayito Silva O., Merced 553, Santiago.

Paulette Blu, Av. Excequiel Fernández 303, Ñuñoa.

Max Andressen, Casilla 880, Santiago.

Carlos R. Acosta, Casilla 190, Talca.

Raimundo Larraín, Delicias 1550, Santiago.

Eleana Kaulen, Valdivia, Casilla 232.

Florencia Mandiola, General del Canto 276, Santiago.

George Lambie, Domínica 194, Santiago.

Omar Alarcón, Ibieta 653, Santiago.



El Soldadillo



(Cuento popular en Chile)

EL Soldadillo se estaba aburriendo en su casa y se le puso en la cabeza salir a rodar tierras, por ser hombre y por saber. Salió, pues, un día, llevando al hombro unas alforjas muy bien provistas y un buen cuchillo asegurado a la cintura.

Después de haber andado unas cuantas horas, en un camino apartado, se encontró con un hermoso joven, elegantemente vestido. El Soldadillo, que era hombre bien hablado, se sacó la gorra y saludando con todo respeto, preguntó:

—¿A dónde va, mi señor? Si lo puedo servir en algo, estoy a sus órdenes.

El Príncipe, porque el joven era hijo de Rey, le contestó:

—Si quieres acompañarme, te daré buen sueldo; el sirviente que traía se me extravió en el camino, y necesito de una persona que me ayude; pero ésta ha de ser muy valiente, porque nos hemos de ver en quién sabe qué peligros.

—Su Merced—respondió el Soldadillo—tal vez haya oído hablar de su servidor, porque yo he peleado en todas las batallas que ha dado su Sacra Real Majestad el Rey, su padre; siempre me conduje con valor y nunca volví la espalda al enemigo. Juan me llamo, señor, y por sobrenombre me dicen el Soldadillo.

—¡Conque tú eres, hombre, el mentado Soldadillo! No he podido encontrar mejor compañero; he andado con suerte; desde luego te tomo a mi servicio.

Siguieron andando los dos, más que como patrón y sirviente, conversando como amigos. El Príncipe le contó cómo se había enamorado, por un retrato que había visto, de la más linda princesa del mundo, a quien andaba buscando; estaba encantada y nadie sabía en dónde hallarla.

El Soldadillo le prometió ayudarle en todo, no separarse de su lado mientras no dieran con la princesa, y hasta dejarse matar por él; aunque — le dijo — todavía no ha nacido quien se atreva a tocarme un pelo.

Siguieron andando y hacía ya muchos días que iban por el mismo camino, cuando encontraron a un hombre que se ejercitaba en dar saltos enormes.

El Soldadillo le preguntó:

—¿Cómo te llamas, hombre?

—Yo me llamo—repuso—Saltín Saltón, hijo del buen Saltador.

—¿Y en qué te ocupas?

—En saltar, pues, y puedo dar saltos de más de dos cuabras, señor.

—Este hombre nos conviene—le dijo el Príncipe al Soldadillo—, pregúntale si quiere entrar a mi servicio.

Entonces el Soldadillo le dijo al desconocido:

—¿Por qué no te vienes con nosotros?

—Si me pagan bien, con mucho gusto.

Y Saltín Saltón, hijo del buen Saltador, se fué



con ellos. Siguieron andando, y más adelante toparon con un hombre que se llevaba tranqueando de arriba para abajo, a grandes pasos, y que no descansaba ni un momento.

—¿Cómo te llamas, hombre?—le preguntó el Soldadillo.

Y el otro le contestó:

—Me llamo Andín Andón, hijo del buen Andador.

—¿Y en qué trabajas?

—En andar, pues, señor. Ese es mi oficio; porque soy tal como el Judío Errante, que me canso cuando me siento y, además, soy muy forzado y me los puedo echar a todos ustedes al hombro y llevarlos a donde me digan, porque han de saber que soy nieto de Carguín Cargón, hijo del buen Cargador, y que he heredado las fuerzas de mi abuelo.

—Este hombre nos conviene—le dijo el Príncipe al Soldadillo—; contrátalo a ver si quiere servirme.

Entonces el Soldadillo le dijo al hombre:

—¿Por qué no te vienes con nosotros? Te pagaremos bien.

—Con mucho gusto—contestó Andín Andón, hijo del buen Andador; y para probarles que era cierto lo que les había dicho acerca de las fuerzas que tenía, levantó a los tres compañeros en sus brazos y siguió cargado con ellos, como si tal cosa.

Bien les vino a los pobres, porque estaban muy cansados.

Así anduvieron por tres días, hasta que encontraron a un hombre sentado en la tierra. Con una mano rodeaba una de

sus orejas, como para escuchar mejor. El Soldadillo le dijo:

—¿Qué hace ahí, mi amigo? ¿Se puede saber?

—¡Cómo no!—le contestó el hombre—. Estoy oyendo a una niña que está encerrada siete estados bajo tierra, llorando sin consuelo y quejándose de que la tienen encantada. En este momento dice: «¿Qué será del Rey, mi padre? ¿Cómo llorará mi madre! ¿Cuándo vendrá el Príncipe a libertarme!»

El Príncipe no dudó que la Princesa encerrada era la que él buscaba e inmediatamente preguntó al hombre:

—¿Cómo te llamas tú?

—Yo me llamo, señor —, le contestó — Oidín Oidón, hijo del buen Oidor.

—Vente conmigo y te pagaré bien—le dijo el Príncipe.

—Eso quisiera yo,—repuso Oidín—porque estoy sin empleo.

Y Oidín Oidón, hijo del buen Oidor, pasó a su servicio.

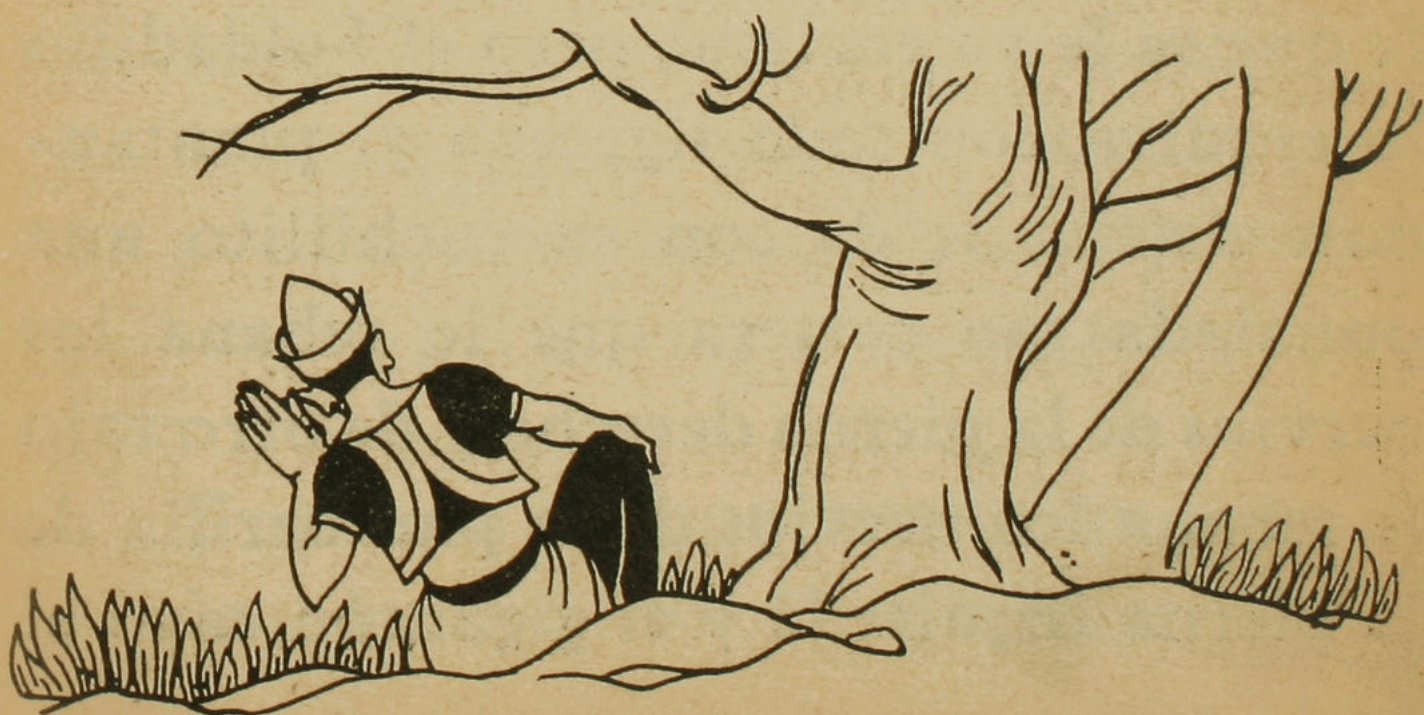
Siguiendo las indicaciones de Oidín, que a cada rato hacía que Andín se detuviera para escuchar mejor, se coló Andín con su carga por un bosque muy tupido, llegando una noche, al cabo de siete días de marcha, frente a un castillo. Dieron seis vueltas alrededor de él, sin encontrar puerta alguna; sólo veían una fila de ventanas, todas alumbradas, pero muy altas y defendidas por gruesos barrotes de hierro. A la séptima vuelta, vieron una puerta toda de fierro, hecha de una sola pieza y con un gran aldabón. Golpearon y nadie contestó; golpearon dos veces más y tampoco nadie salió. Entonces el Soldadillo dijo:

—Que se queden todos aquí. A mí me toma en peso Saltín Saltón, hijo del buen Saltador, y de un salto nos ponemos dentro del castillo.

Así lo hicieron; pero todavía no ponían un pie en tierra, cuando oyeron cerca de ellos una voz de trueno que decía:

—¡Carne humana huele aquí! ¡Carne humana huele aquí!

Saltín Saltón, hijo del buen Saltador, todo asustado, de un brinco volvió afue-



ra, dejando solo a mi buen Soldadillo frente a frente de un gigante enorme.

—A pelear vengo contigo—le dijo el Soldadillo—y no me grites tan fuerte, que no soy sordo y te puedo cortar la lengua con este cuchillito; ni me mires tan fiero, porque también te puedo sacar los ojos con estos cinco dedos. Aprende, gigante con sangre de horchata, que estás hablando con el Soldadillo, y quien pelea con él sale vencido.

Esto que dice el Soldadillo y el gigante que se le va encima; pero el Soldadillo lo esquivo con toda ligereza y, plantándose detrás, le da con su cuchillito una puñalada tan certera que le rebana los nervios de la pierna derecha y de otro tajo le rebana los nervios de la pantorrilla de la pierna izquierda y el gigantón cayó al

suelo dando unos bramidos que hacían temblar toda la tierra.

Los de fuera oían los bramidos, muy asustados, y por más que el Príncipe le decía al Saltín Saltón, hijo del buen Saltador, que los trasladara adentro para ayudar al Soldadillo, Saltín se resistía a obedecerle, porque, como el miedo es cosa viva, todavía le temblaban las carnes y no se animaba a ponerse cerca del gigante.

De repente se dejan oír los bufidos y las puertas del castillo se abren de par en par. Mi buen Soldadillo, con el corvo en la mano, chorreando sangre, les dice que ha muerto al guardián del castillo y que ya pueden entrar sin cuidado. No sabía el pobre los peligros que todavía le esperaban.

Entraron y al pasar por un gran comedor, todo lleno de manjares, Andín,

Saltín y Oidín quisieron sentarse a comer, pero el Príncipe y el Soldadillo dijeron que no, que era preciso libertar primero a la Princesa; que después habría tiempo de comer y mucho más. Tuvieron que obedecer, porque donde manda capitán no manda marinero; y sirviéndoles de guía Oidín Oidón, hijo del buen Oidor, llegaron hasta un pozo. El Soldadillo buscó una barra de fierro y la atravesó en el brocal; después buscó unos cordeles y, amarrando un extremo a la barra y el otro a la cintura, lo descolgaron.

Lo que sucedió después es digno de saberse.

Cuando llegó al primer estado bajo tierra, al entrar a una sala muy hermosa, se le aparece al Soldadillo un enorme Dragón con siete cabezas. El Soldadillo, que estaba curado de espantos, no se amedren-

tó; antes, por el contrario, echando pie atrás, alzó el cuchillo y de un fuerte golpe le cortó al Dragón una de sus cabezas. Este dió un silbido que aturdió y desapareció por un agujero. El Soldadillo se escurrió detrás. Al llegar al segundo estado, nuevo combate. El Dragón quería enroscar con su cola al Soldadillo; pero éste, haciéndole un quite, logró ponerse al frente y cortarle otra de las cabezas. El Dragón huyó como un condenado por un portillo. Llegaron al tercer estado; el Dragón con cinco cabezas no más, y el Soldadillo firme como un peral y con su cuchillo en la mano. Tercer combate; el Dragón quería enterrarle la lanceta de una de sus bocas, pero el Soldadillo en un dos por tres, ¡zás! le cortó otra cabeza. Ya no le quedaban al Dragón más que cuatro; las mismas cuatro que le cortó mi

valiente Soldadillo, una en cada estado a que el Dragón baba, hasta que llegaron al séptimo, en que cortó la última y me lo dejó sin mover más.



Adelard

Ya tenemos al Soldadillo en el séptimo estado bajo tierra, libre del Gigante y del Dragón y oyendo los quejidos de la Princesa, de quien no sabía en qué parte estaba.

Buscando y buscando, da con una puerta que abre con mucho cuidado, y se encuentra dentro de un aposento tan grande y tan lindo como no había visto otro igual en su vida; estaba todo cubierto de oro y plata y alumbrado con muchos blandones, candelabros y arañas, y, en medio, tendida, desmayada, la más hermosa Princesa que hayan visto ojos humanos. La cargó en sus brazos y la llevó hasta que llegó al primer estado, y atándose allí nuevamente el cordel a la cintura, gritó que le suspendiesen. Cuando llegó arriba, todos se quedaron con la

boca abierta, de ver tan linda Princesa, y al Príncipe casi se le escapaba el corazón por la boca, tan fuertemente le latía.

Cuando la Princesa volvió en sí, contó que una vieja bruja la había hechizado y encerrado en ese castillo, del cual nadie tenía noticias, y que el encantamiento debía durar hasta que un Príncipe viniera a libertarla.

El Príncipe estaba muy feliz, porque había encontrado a su princesa, y des-



pués de comer los exquisitos manjares que habían encontrado preparados, el Príncipe, no queriendo demorar su casamiento, ordenó a Andín Andón, hijo del buen Andador, que cargara con todos y los llevara a la corte del Rey, su padre.

¡Bueno con el hombre forzado! A todos se los echó al hombro como si no pesaran más que una pluma, y en un par de días llegaron a la capital del reino, donde se celebró el matrimonio con grandes fiestas y banquetes, y vivieron muchos años muy felices y dichosos, rodeados de hijos que se parecían a ellos.

Después de la boda, el Soldadillo y sus demás compañeros pidieron licencia al Príncipe para retirarse, y entonces éste y la Princesa les dieron a cada uno un gran talego de plata y al Soldadillo dos; y a todos trajos muy ricos, pues estaban suma-

mente agradecidos de ellos; porque sin Andín Andón, hijo del buen Andador, no habrían podido llegar al castillo; sin Oidín Oidón, hijo del buen Oidor, no habrían sabido dónde se encontraba la Princesa; sin Saltín Saltón, hijo del buen Saltador, no habrían podido entrar al castillo; y sin el buen Soldadillo,



la Princesa habría seguido encantada
quién sabe si hasta el fin del mundo.

El Soldadillo y sus compañeros se des-
pidieron entonces del Príncipe y se fueron
otra vez por el mundo en busca de aven-
turas.

Y aquí se acaba el cuento y se lo llevó
el viento, y pasó por un zapatito roto pa-
ra que el Viernes me cuente otro.

Dice la Madre

Voy con mi niño a la
playa,
sobre la arena a jugar
con las piedrecitas grises
y con la espuma del mar,
y en las aguas de arco iris
se va mi niño a bañar.

¿Quiere mi niño una
concha?
¿Quiere el rojo caracol,
el de las patitas feas
y los cuernitos al sol,
o quiere tal vez aquel
pecesillo tornasol?

Diga mi niño su antojo...
No tiene más que escoger...
¡Para alegrar a mi niño
es inmenso mi poder!

CLAUDIA LARS



EL GALLITO DE LA CRESTA DE ORO



UN viejo matrimonio era tan pobre que con frecuencia no tenía ni una miga de pan que llevarse a la boca.

Un día fueron al bosque a recoger piñones y traerlos a casa para tener con qué satisfacer su hambre.

Mientras comían, a la anciana se le cayó un piñón al suelo; el piñón germinó y al poco tiempo después asomaba una ramita. La mujer lo notó y le dijo a su marido:

—Oye, es menester que cuidemos este pino para que pueda seguir creciendo y cuando sea grande no tengamos que ir al bosque en busca de piñones.

Así lo hizo el anciano y el piñón si-

guió creciendo tan rápidamente que pronto llegó al techo. Entonces el viejo quitó el tejado, y el árbol siguió creciendo, creciendo, creciendo, hasta que llegó hasta el mismísimo cielo.

Habiéndose acabado los piñones que habían traído del bosque, el anciano cogió un saco y empezó a subir por el pino; tanto subió que al fin se encontró en el cielo. Llevaba ya un rato paseándose por allí cuando percibió un gallito de cresta de oro, al lado del cual había un molinillo, también de oro.

Sin pararse a pensar más, el anciano cogió el gallo y el molinillo y bajó por el pino hasta su cabaña. Una vez allí dijo a su mujer:

—¡Oye, mi vieja! ¿Qué podríamos comer?

—Espera—le contestó ésta—; voy a ver cómo trabaja el molinillo.

Lo tomó y se puso a hacer como que molía y en el acto empezaron a salir flanes y pasteles en tal abundancia que no tenía tiempo de recogerlos. Los ancianos



se pusieron muy contentos y comieron como unos príncipes.

Un día pasaba por allí un noble y entró en la cabaña.

—Buenos viejos, ¿no podrían ustedes darme algo de comer?

—¿Qué quiere usted que le demos? No tenemos más que flanes y pasteles.

—Esos son los que me gustan más.

La anciana tomó el molinillo y se puso a moler. En seguida salieron en montón dulces y flanes.

El noble los comió y le propuso a la mujer:

—Véndame, señora, el molinillo.

—No, señor, no se puede. Es lo único que tenemos.

Entonces el forastero, envidioso del bien ajeno, les robó el molinillo y se marchó.

Apenas los ancianos notaron el robo, se entristecieron mucho y empezaron a lamentarse.

—Espérense—les dijo el Gallito de la

Cresta de Oro—, volaré tras él y le alcanzaré.

Echó a volar, llegó al palacio del noble, se sentó encima de la puerta y cantó desde allí:

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Devuelve el molinillo de oro que robaste!

En cuanto oyó el noble el canto del gallo, ordenó a sus servidores:

—¡Muchachos! ¡Pillen ese gallo y échenlo al pozo!

Los criados cogieron al Gallito y lo echaron al pozo; dentro de éste se le oyó decir:

—¡Buche! ¡Buche! Bebe agua.

Y poco a poco se bebió toda el agua del pozo. En seguida voló otra vez al palacio del noble, se posó en el balcón y empezó a cantar:

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Devuelve el molinillo de oro que robaste!

El noble, enfadado, ordenó al cocinero que metiera el gallo dentro del horno. Así lo hicieron, pero una vez allí, empezó a decir:

—¡Buche! ¡Buche! ¡Devuelve el agua!

Y con el agua que vertió, apagó toda la lumbre del horno.

Otra vez echó a volar, entró en el palacio del noble y sobre la ventana del comedor, cantó por tercera vez:

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Devuelve el molinillo de oro que robaste!

En aquel momento, se encontraba el noble celebrando una fiesta con sus amigos, y éstos, al oír lo que cantaba el gallo, se precipitaron asustados fuera de la casa. El noble corrió tras ellos para tranquilizarlos y rogarles que volvieran, y el Gallito de la Cresta de Oro, aprovechando este momento en que quedó solo, cogió el molinillo y se fué volando con él a la ca-

baña del anciano matrimonio, que se puso contentísimo y vivió en adelante muy feliz, sin que, gracias al molinillo, le faltase nunca que comer.

Y cuando el Rey de ese país supo que un noble había robado su bien a unos pobres, lo mandó tomar preso y lo hizo colgar de la torre más alta de su castillo.

!!!! OFERTA ESPECIAL!!!!

Sólo hasta el 31 de JULIO. A fin de favorecer a aquéllos que llamaremos nuestros subscriptores fundadores, hemos reducido casi a la mitad el precio de la suscripción anual, — equivalente a 52 ejemplares.

|| \$6.-

SUSCRIBASE HOY MISMO — Anual:

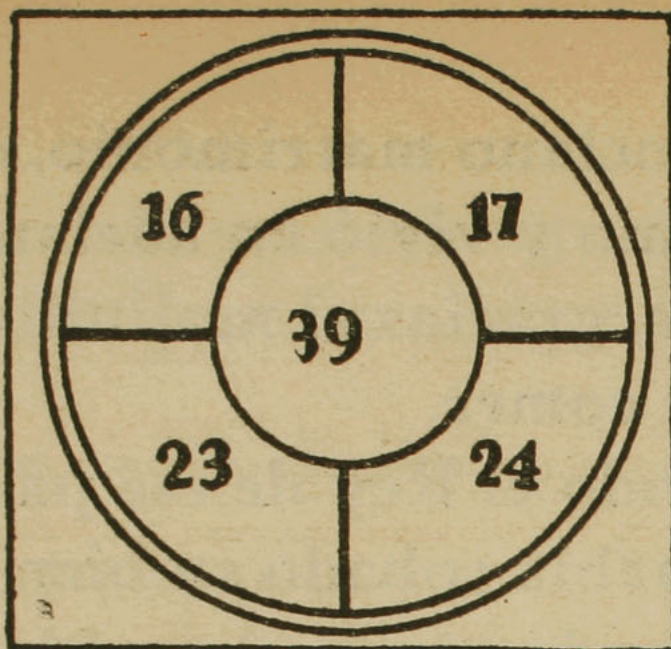
Envíe esa cantidad en giro, letra, cheque postal o en estampillas de correo a: Casilla 84-D.—Santiago.

**EN EL PROXIMO NUMERO
publicará «MAMITA» un precioso
cuento titulado:**

“Los Dos Ruiseñores”

PROBLEMA N.º 2

TIRO AL BLANCO

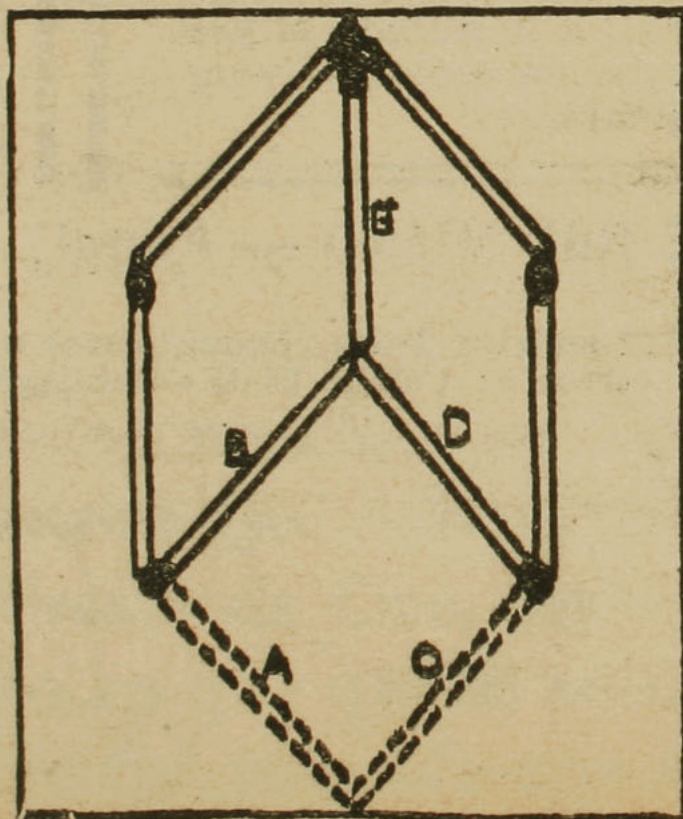


En ejercicio de tiro sobre este blanco se totalizó 100 puntos. ¿Cuántos tiros fueron hechos y qué partes del blanco recibieron los impactos?

La solución en el próximo número.

Solución al Problema N.º 1

Aparecido en el N.º 2 de "MAMITA".



Los fósforos agregados son los que quedan en el interior del rombo y con los cuales se forman los tres rombos.

CONCURSO DE DIBUJOS

Gánese una Colección de

mamita
M. R.

LA REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

Regalamos una subscripción de un trimestre al chico que ilumine este dibujo con más hermosos colores.

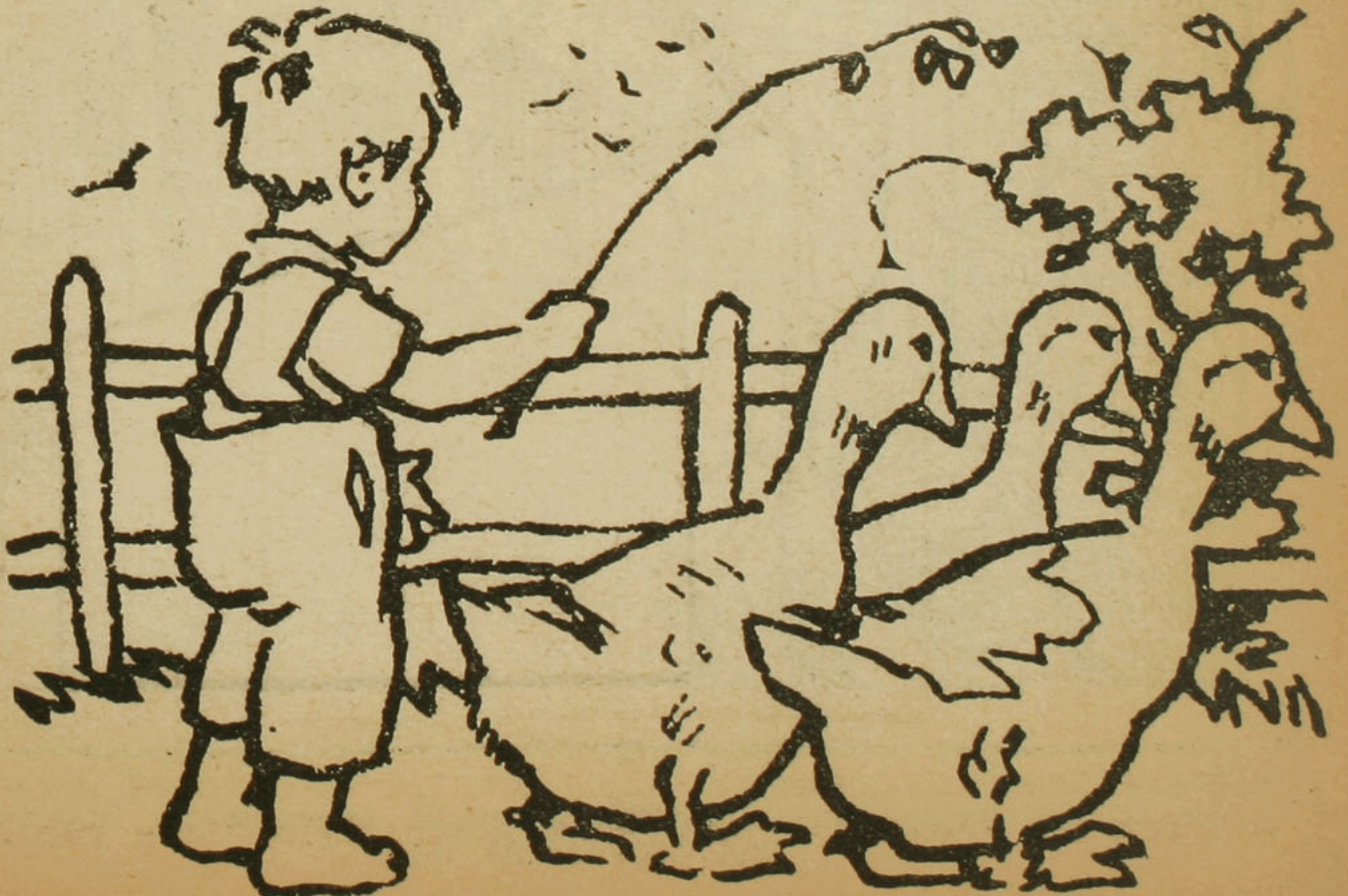
Envíe su dibujo iluminado a
CONCURSO DE DIBUJOS DE LA REVISTA DE CUENTOS
INFANTILES

Casilla 84-D. — Bellavista 069. — Santiago.

Córtese por las líneas de puntos.

Nombre del dibujante

Dirección





M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fosfatos, azúcar, etc.